

sí mismo, y que la moral y la estética nada tienen de común. Esta escuela tiene ciertamente innumerables partidarios y ha producido y produce actualmente verdaderas enormidades en las obras de una legión de artistas, que buscan en el ciego la fuente de su menguada inspiración, y procuran indemnizarse de su falta de inteligencia, especulando bajamente con las humanas flaquezas, excitando la sensualidad, tanto más cuanto es más nula su aptitud para la belleza.

Reproducción fiel de la naturaleza sensible, imitación fiel de la realidad no es por sí solo el arte y la belleza.—Una obra artística puede decirse agradable, seductora, encantadora, subyugadora y puede no ser bella. Puede responder a los atractivos de la sensualidad corrompida a y las voluptuosas ansias de un corazón inclinado al mal; pero el placer sensual no es el placer estético. No puede darse la belleza donde el alma inocente y tímida teme posar sus ojos, donde el pudor, que en frase de Aristóteles, es un nativo instinto de timidez y sobresalto a la presencia de un peligro moral, ha de cerrar los ojos, y renunciar a una fruición prohibida. La belleza es el esplendor del orden y la virtud es el orden en el amor dice San Agustín. El vicio es por tanto el amor desordenado: exponerlo, pintarlo, repro-

